

# **la homosexualidad**

## **¿un derecho o una perversión? (\* )**

### **Situación actual**

Nos encontramos con un hecho que parece ir en aumento en estos últimos años y, aunque este progreso no respondiera a la realidad objetiva, el problema alcanza, al menos, una manifestación pública y sociológica mucho más llamativa con relación a tiempos pasados. Las estadísticas, según los autores, oscilan entre el 2 y el 6% de la población. Estos números serían suficientes para reflexionar sobre un comportamiento que no resulta tan extraño como algunos creen, ni tan amplio y extendido como otros quisieran probar.

Creo que han existido razones —y razones objetivas— para darle a este planteamiento una nueva impostación y perspectiva. Prescindiendo ahora de otras culturas antiguas, más benévolas y acogedoras, pero cuyo significado hay que limitar mucho cuando son utilizadas por los apologetas, la actitud más frecuente de cara a este fenómeno ha sido muy negativa. En lo más hondo de la conciencia popular se daba un rechazo sin paliativos y en todos los órdenes.

El homosexual era un pervertido miserable sobre quien caía las más duras críticas y condenas, una especie de cáncer para la sociedad que debería defenderse de tales peligros. La misma legislación civil castiga en muchas naciones estos actos como un delito más grave, mientras ignora otros atentados contra la moralidad pública y social. Todavía son objeto de burla y de chistes en las conversaciones y ambientes ordinarios. Muchos experimentan a lo sumo un sentimiento de compasión y, en el fondo, de desprecio frente a estos pobres desgraciados, que viven de forma clandestina, al margen de la sociedad, como una secta de viciosos perversos. Hablar de este tema sin una sonrisa burlona y lacerante se toma casi como indicio de una posible complicidad. Todos los síntomas que pudiéramos recoger en torno al homosexual confirmarían siempre la misma dirección: el clima sociológico era y es francamente hostil. Hay un miedo inconsciente e incontrolable para enfocar tran-

quilamente esta realidad. Bastaría analizar la reacción que produciría, en cada uno de nosotros, el saber que un buen amigo tiene esta tendencia. La repugnancia larvada suele ser uno de los menores síntomas. Y para que esta actitud colectiva haya fraguado con tanta firmeza se ha requerido un bombardeo psico-sociológico constante de signo negativo.

### **Hacia un nuevo planteamiento apologético**

Un conocimiento humano y científico de este fenómeno ha provocado un cambio significativo de actitud, al menos en grupos y ambientes más reducidos, que han intentado una reflexión actualizada sobre el tema. Se intenta la eliminación de antiguos prejuicios y de cualquier postura que impida el enfrentamiento y la relación con una persona. Esta tendencia peculiar no debe ser obstáculo para no descubrir, por debajo de todo, la existencia del hombre, su perfil humano. Ser homosexual no es sinónimo de pecado, ni motivo de vergüenza asquerosa. Si no tenemos nada más que calificativos de este tipo, valdría la pena de profundizar en el porqué de tales afirmaciones. Al margen de la ignorancia, habría razones para pensar en algo más interno y revelador. Esto ha hecho que la homosexualidad alcance hoy una impresionante bibliografía desde todos los puntos de vista (1).

Esta mayor liberalización, aumentada en gran parte por la llamada revolución sexual, ha despertado también una defensa sin límites ni represiones sociales de la vida homosexual. El haber salido a la superficie lo que se mantenía en secreto y silenciosamente hasta hace poco, el no sentirse condenado por una sociedad que se ha hecho, en determinados ambientes sobre todo, más respetuosa y comprensiva, ha supuesto el punto de arranque para pasar a una ofensiva apologética. No se trata ya de terminar con posturas, argumentos, fundamentaciones o imágenes desfasadas de la homosexualidad, en lo cual todos debiéramos estar de acuerdo. Existe una ambición posterior, donde me parece encontrar la verdadera raíz del problema tal y como hoy se presenta por muchos. Se busca la defensa y exaltación de esta práctica no solo como una forma natural, sino incluso como una forma mejor que la misma relación heterosexual. Hemos entrado en un clima, a diferencia del anterior, donde la apología y el proselitismo tienen un puesto privilegiado. ¿Cómo podemos valorar, entonces, este fenómeno?

### **Características generales de la homosexualidad**

Es necesario ante todo delimitar el concepto de lo que entendemos por homosexualidad en su verdadero sentido, aunque no nos detengamos ahora a dibujar todos sus rasgos característicos o a excluir las formas populares, que tienen muy poco que ver con la imagen auténtica.

De una forma genérica, y sin otras matizaciones, podríamos definirla como la tendencia sexual, que se experimenta hacia las personas del propio sexo, de idéntico sabor y significado a la que se obtiene en la relación heterosexual. Ello no implica el ejercicio necesario de la se-

xualidad en su sentido estricto. Basta sentir la atracción psico-erótica de forma semejante a la que se vivencia entre el hombre y la mujer. Muchos creen, por ello, que el término más adecuado para designarla sería el de homofilia (inclinación erótica entre personas de idéntico sexo) para no poner el acento de manera exclusiva sobre el aspecto genital: "Ha llegado a ser el término preferido por los mismos homófilos, quienes estiman que expresa mejor el conjunto de su personalidad" (2).

Una tendencia homosexual es compatible en el mismo individuo con una inclinación heterosexuada. Es un dato proclamado también con fuerza por los defensores de la homosexualidad. Lo mismo que el hombre y la mujer poseen hormonas y características biológicas del otro sexo, no habría por qué excluir una cierta bi-sexualidad más o menos acentuada hacia uno u otro lado. Aun admitiendo esta posibilidad, cuya explicación no es necesaria por el momento, los autores están de acuerdo en que la homosexualidad auténtica no se caracteriza sólo por esta inclinación homófila, sino fundamentalmente por la aversión y repugnancia hacia el sexo opuesto. Es una incapacidad manifiesta, espontánea que impide toda relación afectiva y sexuada con cierta profundidad. Resulta una utopía pensar siquiera en tal posibilidad como realizable. Precisamente uno de los rasgos fundamentales del verdadero homosexual es que no siente ilusión ninguna por una nueva orientación de su instinto. Vive tan reconciliado y a gusto con su propia realidad que le parece absurda la renuncia a lo que considera una situación mejor. Las únicas dificultades serias tienen un origen externo por el rechazo y presiones sociológicas, que existen todavía en muchos ambientes. Si de él solo dependiera no habría duda en su opción.

De esta homosexualidad auténtica son muchas las divisiones hechas por los autores desde diferentes perspectivas. No creo necesaria ahora su larga enumeración asequible en cualquier estudio sobre el tema (3). Basta insistir, por el momento, por su importancia mayor para la pastoral, en la diferencia entre unas formas más bien periféricas, de superficie y otras más definitivas y estables, inveteradas y unidas con frecuencia a otro tipo de anomalías. Ahora vamos a referirnos sólo a la homosexualidad verdadera, sea circunstancial o más definitiva, para examinar cual debe ser nuestra postura. ¿Es un comportamiento que humaniza y madura a la persona o un obstáculo para su evolución? ¿Es un valor o un hecho lamentable? ¿Merece una repulsa o una aprobación? ¿Constituye un derecho o una conducta perversa? Los actos aislados, esporádicos, producto de circunstancias pasajeras o compensatorias entrarían más bien en la línea de los fenómenos masturbatorios o de otros comportamientos heterosexuales, pero sin incidencias mayores en el campo de la homosexualidad.

#### **Presupuesto fundamental: el sexo tiene una tendencia heterosexuada**

Un primer punto sería aceptar como presupuesto básico que la heterosexualidad parece la forma más universal, humana, natural y lógica de vivir el sexo. Dicho de otra manera, que ella debe constituir la meta ideal de la maduración en la persona, cuando busca una relación con el

otro exclusiva y totalizante, cuando desea una entrega mutua y amorosa que incluya la plenitud de su ser, pues damos aquí por descontado que la sexualidad no es un entretenimiento insignificante, ni un camino para jugar y aprovecharse de la otra persona.

Esto que a muchos les parecerá demasiado evidente y archisabido, se difumina por completo para otras mentalidades. La tesis de HOFFMAN, por citar un ejemplo, lo menos que produce es una sensación de asombro, si se logra leer con un poco de humor. Para él "El ser humano es psicosexualmente neutro en su nacimiento" (4). Que su instinto se oriente hacia el otro o hacia el propio sexo es consecuencia exclusiva de la cultura y de la educación. La sociedad tiene una fobia tan marcada contra comportamientos que no sean el único aceptado por ella que reprime de inmediato cualquier sentimiento o deseo no heterosexual. Si la relación entre sexos diferentes aparece como la más normal "la razón es simple a mis ojos y se debe a que la heterosexualidad es animada y la homosexualidad desalentada. Es pues "natural" que los chicos jóvenes prefieran a las chicas" (5). Y poco más adelante repetirá con mayor énfasis:

"La única explicación que me parece válida en este caso se debe a que nuestra sociedad no presenta nunca la homosexualidad como un modo de vida posible, lo mismo que no presenta el universo homosexual como un mundo existente. Además, a este velo arrojado sobre la homosexualidad, se añade una acción represiva permanente destinada a impedir a todos los individuos que tomen conciencia de sus verdaderas aspiraciones sexuales. Este fenómeno puede considerarse como una conspiración psicológica del silencio. Así pretende nuestra sociedad salvaguardar la existencia de normas sexuales que ella misma se ha definido" (6).

Lo ideal, según este autor, sería lo contrario de lo que ahora acontece. Si una mayoría absoluta de personas fuesen homosexuales no habría de que preocuparse. Se trata de una tendencia tan aceptable como la heterosexual. El esfuerzo por conseguir esta "igualdad de derechos" y por acabar con la imposición sociológica de la heterosexualidad podrá conducirnos a una nueva cultura de signo diferente, aunque todavía demasiado lejana por desgracia (7).

No pretendemos ahora una discusión sobre estos presupuestos. Aquí también, como sucedió con el análisis en torno a la esencia de lo femenino, habría que distinguir lo que es producto de la naturaleza y de la cultura, pero lo que resulta inadmisibles es creer que lo cultural no tiene ninguna raíz que brote de la misma naturaleza humana y que, en este sentido, sus concretizaciones no están a su vez condicionadas por los datos fundamentales del hombre.

Por ello, no acepto de ninguna manera que la humanidad y todas las ciencias se hayan equivocado de forma tan manifiesta que rechacen una posibilidad humana y natural de autorealización. De cualquier punto de vista que se estudie la sexualidad aparece una teleología, por debajo de las costumbres sociales, cuya lectura ha sido demasiado evi-

dente, a pesar de otros fenómenos y comportamientos distintos. ¿O es que si la sociedad humana fuese homosexual en la misma proporción que hoy lo son los heterosexuales, no sería extraño ni preocupante?

### Razones apuntadas en favor de la homosexualidad

Que la homosexualidad se dé en el mundo de los animales y de los primitivos no tiene otro valor que el de probar que es una realidad posible dentro de la biología y psicología humana, como cualquier otra de las muchas posibilidades que pueden instalarse en el hombre. Sin pretender ahora equipararla con otras, también aparecen en la vida muchas formas de comportamiento que no por eso se consideran normales. Hasta la misma enfermedad tiene su razón de ser y se hace comprensible, al descubrir las causas de su existencia. Las estadísticas no tienen fuerza para imponer como humanizante ninguna conducta. Y sospechar, desde luego, que la naturaleza es ambigua y que una sociedad que educa para la homosexualidad, como forma posible de conseguir, sería tan aceptable como la de ahora, supone una dosis muy fuerte de subjetivismo. Más bien habría que decir que allí, donde se desarrolla una conducta homosexualada, se encuentran muchas razones y circunstancias que han forzado tal situación.

Ciertamente que esta tendencia no es comparable a otras semejantes que pueden darse en el campo de la sexualidad. Aquí, al menos, es dable un encuentro entre personas, que está eliminado de raíz en otras manifestaciones, y es posible una cierta comunión afectiva y amorosa. Sin embargo, no conviene hacer tampoco un mito de la amistad homófila. Los psicólogos constatan la gran dificultad que supone una relación estable y continuada. La explicación de este carácter pasajero se debe a la falta de limpieza y madurez psicológica mucho más acentuada que en una amistad normal. Son muchos, aunque no se llegue a una plena unanimidad, quienes afirman la existencia de problemas internos y deficiencias psíquicas como elementos turbadores en esa comunicación. La homosexualidad es ante todo un trastorno en la relación con el prójimo. Hay siempre en el interior del grupo homófilo y hasta en el interior de la pareja homófila una eliminación del otro por acaparamiento. El homosexual se busca siempre a sí mismo. "La comunicación se efectúa en circuito, que se cierra indefinidamente sobre el protagonista. Y el protagonista es cada individuo que vive en un mundo suyo, en el que es el único actor. Si aparece el otro es inmediatamente anexionado" (8).

Sabemos bien que los elementos afectivos forman parte del amor, pero que el amor va mucho más allá y tiene otro tipo de consistencia. Sentir una llamada o una atracción profunda, como una especie de necesidad insoslayable, no es suficiente para creer que se quiere a una persona. También muchos padres sienten un cariño tan grande hacia el hijo que protegen y miman de tal manera que no podemos decir que lo quieran de verdad. Amar es buscar el bien de la otra persona y la experiencia y los datos científicos confirman la especial dificultad de que la comunión afectiva sea auténtica en tales individuos.

## Fundamentos para una valoración objetiva

Algunos se negarán a aceptarlo, pero repito que el juicio de la mayoría se inclina a admitir en el fondo de la homosexualidad una neurosis subyacente, poco molesta en ocasiones por su carácter disimulado o por encontrarse bien compensada. Por ello, el Dr. ECK no duda en afirmar que :

“si la homosexualidad no fuese otra cosa que la búsqueda de un compañero sexual del mismo sexo, poco tendríamos que añadir. Pero la homosexualidad se acompaña casi siempre de elementos neuróticos. La neurósis se asocia con frecuencia a la homosexualidad, que es una desviación injertada en una inmaduración y una regresión a periodos arcaicos autoeróticos. Un individuo se convierte en homosexual por el mismo mecanismo que se convierte en neurótico” (9).

Hablar de patología en estos casos no significa que no se den con la misma frecuencia otros síntomas parecidos en individuos heterosexuales, que llevan una vida normal y ordinaria. Simplemente afirmamos la relación que parece existir entre homosexualidad y ciertas deficiencias psicológicas más o menos pronunciadas. Es verdad que el ambiente de clandestinidad y rechazo, de vergüenza y confusión por la actitud negativa de la sociedad ante ellos, han podido aumentar estas dificultades psíquicas y mantener la soledad misteriosa e impresionante que se detecta al contacto con estos individuos. Sin embargo, el diagnóstico científico moderno insiste en señalar una afectividad patológica, inmadura, regresiva, cuyas raíces penetran hasta lo más íntimo de la persona. Es decir, se trata de una conducta que no puede catalogarse como positiva y humana.

Para aceptar como prácticos y orientadores unos principios que afectan no solo a la vida de los individuos, sino a la misma comunidad social y en un punto tan básico e importante, no se requiere una certeza absoluta. Basta con que aparecieran como los más seguros y aconsejables. Y un comportamiento contrario solo sería admisible, cuando se tuviera una plena garantía y seguridad de que constituye un auténtico valor humano, un bien para el hombre y la sociedad en que vive.

Ahora bien, creo que hay una base suficiente para no ver en la homosexualidad una forma positiva de maduración, un camino aconsejable para el desarrollo humano y psico-sexual, una meta hacia la que nos debiéramos dirigir. Los datos y la reflexión nos dicen más bien todo lo contrario. Por ello, contra los que pretenden una liberación y unos derechos igualitarios, la sociedad, lo mismo que los individuos, tiene razones muy serias y válidas para impedir, con los métodos humanos a su alcance, el fomento, la extensión y el estímulo para una práctica que objetivamente y en abstracto no se puede considerar como humanizante. Máxime si tenemos en cuenta que en este campo la profilaxis es mucho más eficaz que la terapia posterior. Esto me parece que justifica la condena objetiva que tradicionalmente se ha dado en la moral cristiana, sin meternos ahora en las discusiones y datos provenientes de la Revelación (10).

## La culpabilidad personal

Hasta ahora no hemos tratado nada más que de su valoración objetiva. Estar de acuerdo con ella no supone, sin embargo, catalogar a las personas de la misma manera. No dudamos que con la homosexualidad se pueden unir también otras circunstancias, que agravarían mucho más este juicio y que manifiestan una verdadera perversión de la persona, lo mismo que se observa en otros comportamientos sexuales. El engaño, la violencia, la prostitución, los intereses económicos, el libertinaje, las coacciones terribles, el chantaje descarado y otros diferentes factores suelen darse con relativa frecuencia. Una vida mantenida así, sin esfuerzo por eliminar tan funestas consecuencias, manifestaría no sólo una deficiencia psíquica, sino una malicia moral, un desenfreno ético inadmisibles y de ordinario culpable.

Sin embargo, conviene también dejar muy claro que el simple hecho de tener tendencias homosexuales, de sentir atracción hacia el propio sexo es, en principio, tan culpable como el hecho de ser miope o de sufrir una úlcera de estómago. Nadie es malo por encontrarse con una orientación y unos sentimientos que no puede alejar de sí y que incluso los experimenta como un destino impuesto al margen de su voluntad, de manera parecida a como nacemos hombre o mujer. Desde el momento en que la homofilia no encuentra su origen en la libertad responsable no podemos hablar de culpabilidad personal.

A nadie podemos tampoco imputar un acto si no goza de la suficiente libertad, si la opción que realiza está en gran parte condicionada por una serie de elementos que escapan a su decisión personal. La tendencia puede llegar a hacerse un tanto incoercible, como la de un toxicómano, teniendo en cuenta sobre todo que la consistencia psíquica de estos individuos se revela mucho más lábil y difícil de dominar. Situaciones semejantes se dan, pero en estos casos el grado de culpabilidad disminuye muchos enteros y nadie que tenga un mínimo de inteligencia y de corazón, se atreverá a juzgarlos con el rigor y el peso de una ley o una norma universal. Aunque su conducta fuese castigada por la sociedad y la legislación civil, Dios penetra un poco más adentro, hasta la intimidad del corazón, para ver lo que se oculta bajo esas apariencias desordenadas. Y tal vez no hay otra postura más evangélica y cristiana que el ofrecimiento de la propia pobreza e incapacidad. La confesión última del protagonista de *La máscara de carne* nos descubre este horizonte impresionante donde la luz y el amor brillan detrás de un rostro destrozado:

“No quiero la inocencia del animal racional. ¿Quién sabe si mi desesperación y mis lágrimas, aun cuando sólo esto me quedara por ofrecer, no han de merecer su premio algún día? A quienes nada más pueden ofrecer, tal vez Dios no les pida más que un sollozo de impotencia” (11).

Llamar pecador a un individuo así y considerarse limpio por estar libre de tales problemas sería una nueva edición del publicano y del

fariseo, aquella parábola dirigida por Jesús "a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás" (Lc. 18, 9-14). El pecado tiene otras categorías que no radican en la existencia pura y simple de un fenómeno psicológico o en comportamientos sobre los que no se da una responsabilidad suficiente. La culpa supone, pues, un paso más que llevaría a la aceptación libre y voluntaria de las prácticas homosexuales concretas.

### Intento de justificación

El hecho de experimentar estas tendencias, de vivir con una inclinación diferente a la de las otras personas ¿no es motivo justificante para aprobar y admitir como válidos, desde el punto de vista ético, los actos y la conducta homosexual? Si no podemos condenar la simple tendencia, tampoco podemos deducir de ahí que la práctica y el ejercicio voluntario de la sexualidad por ese camino queden canonizados, o admitidos, al menos, con una comprensiva benevolencia dentro de la esfera del mal menor. Sé que algunos moralistas, incluso los católicos, han dejado entrever esta posibilidad de enjuiciamiento o que sus afirmaciones se mantienen en un clima de confusa ambigüedad, tal vez por no atreverse a decir sin paliativos que un comportamiento homosexual puede estar permitido en algún caso (12).

Confieso no comprender la base en que se apoyan. Nadie justifica la conducta agresiva o masoquista que brotan de una naturaleza orientada de esa manera, ni la inclinación heterosexual de otros muchos permite el ejercicio de la sexualidad en cualquier circunstancia y sin ninguna condición. La entrega corporal con personas de otro sexo no está regulada sólo por la atracción que se experimente y en función exclusiva del instinto. Dentro y fuera del matrimonio, los que no han podido y los que no han querido casarse necesitan una integración del sexo para vivirlo de acuerdo con la situación personal de cada uno. Si la mera instantividad fuese motivo suficiente para normatizar la conducta, la moral quedaría reducida, entonces, a un biologismo brutal y anárquico. Sentir una necesidad sería signo de una exigencia ética.

Si partimos del supuesto que la homosexualidad está puesta para vivirla como encuentro amoroso y fecundo y que la relación homosexual no es una forma humanizante, madura y plena, no podemos aceptar, como moralmente válido, un comportamiento que no tiene en cuenta ciertos valores fundamentales. Es verdad que al homófilo verdadero le está cerrado el camino del matrimonio, pero esto no hacen lícitas semejantes prácticas. Con esta lógica se deberían aprobar otras conductas que constituyen auténticas perversiones. También para estos sujetos no existen otras formas de vivir su sexualidad, si no es a través de gestos distintos o con características ajenas a una relación considerada "normal". O al hombre que se entrega a una mujer, porque no ha podido casarse, no tendríamos nada que decirle. La moral, como ciencia que ilumina los valores humanos, debería sufrir un cambio constante en función de las situaciones personales.

Aquí, como en otros campos de la conducta, el deseo de una autojustificación hay que desenmascararlo sin miedo. Tal vez los mitos creados en torno a la homosexualidad descubren este sentimiento de defensa, como un intento de hacer patente la bondad de tales prácticas. No juzgamos al homosexual por su inversión, que quede esto bien claro, sino por el modo como la ejerce, por su conformismo cobarde, por el ansia de justificación, por su falta de iniciativa para intentar un equilibrio suficiente. Ni siquiera sus fallos podrán catalogarse con el mismo rigor que los tenidos por una persona normal. Identificar una conducta, condicionada con frecuencia por una psicología débil y traumatizada por tantos elementos, con el comportamiento de un individuo sano, sería una manifiesta injusticia. Pero este juicio más benévolo y particular no elimina los valores fundamentales del sexo, ni quita validez al principio enunciado: el que libre y voluntariamente se deja llevar por esa inclinación, su conducta se convierte en ilícita. Esto supuesto ¿cómo debemos comportarnos en la práctica con personas que manifiestan tener tendencias homosexuales?

### **Aceptación y respeto de la persona**

Hay un primer punto fundamental en el que no insistiríamos nunca demasiado. Mientras no seamos capaces de aceptar al homosexual como una persona, todo intento de ofrecer una ayuda resulta falso y mentiroso. Y para ello se requiere una purificación previa de tantos prejuicios conscientes o inconscientes como dificultan esta relación. El que tropezamos con individuos que han hecho de su tendencia una forma de perversión, que se aprovechan de la clandestinidad y del engaño, que mantienen un proselitismo lleno de amenazas y violencias psicológicas no es motivo para considerar a todos los demás con el mismo criterio. La indignación que pudieran provocar es tan justificada como la que nace ante otras conductas perversas. Pero frente a este grupo se halla el de aquellos que llevan con dolor y con una tristeza solitaria el no ser como los demás.

Que una persona se atreva a descubrirnos su situación interior, sobre todo en nuestros ambientes, donde se siente con más intensidad la vergüenza y el rechazo, es suficiente para tomar una actitud de agradecimiento, de respeto grande. Esta acogida que brota desde dentro y no como una obligación de compromiso es indispensable y benéfica para todo el diálogo posterior. Al menos existe la posibilidad de compartir con otro y de manifestar hacia afuera lo que hasta ahora se vivía como una tragedia íntima y personal. El carácter cerrado e introvertido del homosexual es un signo típico, consecuencia no sólo de su psicología especial, sino de sufrir unos sentimientos que él mismo considera inconfesables.

### **Busqueda de un mejoramiento, dentro de las posibilidades**

Como segundo paso, habría que llegar a un conocimiento sobre el grado y la fuerza de esta inclinación. Saber distinguir, sobre todo, si se

trata de una raíz profunda, inveterada o es producto de circunstancias más o menos pasajeras, si es absoluta y completa o participa también de una cierta bi-sexualidad. En aquellos casos más superficiales y ligeros no se debe excluir la posibilidad de una mejora y hasta de un éxito bastante definitivo hacia la heterosexualidad. Casi todos los autores están de acuerdo en que la finalidad de toda dirección y consejo debiera orientarse a la readaptación heterosexual en la medida de lo posible. Algunas organizaciones homófilas y significativas, como la *Mattachine Society*, comparten esta orientación de fondo: "Sobre la base de nuestra experiencia —la dificultad, la vergüenza, la humillación que tantos de nosotros hemos conocido— aconsejamos absolutamente a todos, que no son todavía homosexuales activos, pero que tienen miedo de ellos mismos, que tomen el otro camino si pueden" (13). Estos casos benignos son de un diagnóstico bastante positivo y sería absurdo que, por defender unos derechos utópicos, cerráramos las puertas de una posible adaptación al alcance de la mano.

Aun para aquellos sujetos decididamente homófilos un tratamiento psicológico suele ser provechoso. "Hay que subrayar aquí el hecho de que, en contra de una opinión bastante difundida, la homosexualidad es con mucha frecuencia susceptible de ser influenciada favorablemente por los diversos tratamientos terapéuticos... y es por tanto necesario que el médico abandone la actitud negativa, sin ceder sin embargo a un exagerado optimismo que, entre otras cosas, podría incluso tener una acción contraproducente" (14). No se pretende cambiar una estructura que parece definitiva, sino de buscar una reconciliación consigo mismo, que integre un dato más de la vida del que ya no podrá prescindir. La experiencia médica confirma el mayor equilibrio y adaptabilidad, que se deriva de este intento, hasta conseguir una integración suficiente para una vida normal, sin graves complicaciones. Una condición elemental para esta armonía psicológica reside sin duda en esta comunión con la propia realidad, sea cual fuese, que elimina tantas tensiones, inconformismos y rebeldías interiores del que no se acepta como es. Descubrir nuestra interioridad, sin mentiras ni ocultamientos, para abrazarla aunque duela y reconciliarnos amistosamente, constituye la base de un progreso posterior.

La misma renuncia al ejercicio de la sexualidad no tiene por qué resultar neurotizante ni problemática. Como en la soltería impuesta por otras circunstancias, hay siempre un lugar para la sublimación, difícil de conseguir, pero no imposible. Depende mucho de la intensidad de los estímulos sexuales y de la actitud práctica que el sujeto adopte ante ellos. Hay homosexuales que logran, sin mucha dificultad, dominar la propia desviación, mientras que en otros la lucha y el esfuerzo para contenerse se hace dura y continua. A veces terminan sin más por secundar las propias tendencias cansados y aburridos, procurando sacar de ellas las máximas satisfacciones posibles. Aquí es donde la ayuda se hace más necesaria para evitar una desilusión definitiva (15).

La sublimación, que puede darse por múltiples caminos, no significa una transformación automática de los instintos, ni mucho menos una represión generadora de otros gestos perturbadores, patológicos e

incoercibles. Se busca dar salida a la sexualidad dentro de una orientación global que abarque la vida entera y que satisfaga, por otros medios y al servicio de otras taras, las exigencias del sexo. Sin negar que tal mecanismo se hace más espinoso en algunas psicologías, como pudiera ser la del homosexual, hay que reconocer sus posibilidades e intentar aprovecharlas al máximo. La misma fe y religiosidad auténticas se convierten, aun desde un punto de vista humano, en una ayuda formidable.

### **Posibilidades y riesgos de una amistad**

Dentro de la literatura actual sobre el tema se insiste también en la conveniencia de una amistad estable, como el medio más asequible de sobrellevar una vida solitaria, cargada de tantas dificultades. Para algunos esto supondría necesariamente el reconocimiento, incluso social y jurídico, de la pareja homosexual con la consiguiente justificación para toda clase de prácticas. Otros, sin embargo, ofrecen esta posibilidad, pero sin llegar a tales extremos.

Para evitar cualquier malentendido repetimos nuestra negativa a la primera postura. El instinto debe ponerse al servicio de los valores personales y no vemos cómo la práctica homosexual edifique o tienda hacia la plenitud del hombre. Sin embargo, creo posible la integración de la homofilia dentro de una amistad personal y responsable, cuando hay una ilusión superadora y una dosis indispensable de honradez. Sin negar la ambigüedad y los peligros que en ella pudieran encerrarse, nadie tiene derecho, por ello, a descalificar un intento, en el que se busca superar la mera sexualidad dentro de un clima mucho más humano y personalizado. También las relaciones amistosas entre el hombre y la mujer están llenas de elementos eróticos y, en ocasiones, pueden ocultar otros motivos poco transparentes. Aquí no puede haber otra norma que la honradez limpia y el estar dispuesto a evitar las posibles consecuencias. El esfuerzo humano por este ideal asequible es digno de respeto y admiración, siempre que no constituya un obstáculo para personas que podrían reorientarse o se convierta en una fuente de perversión. Solo la prudencia y un conocimiento de las situaciones concretas darán pie para los consejos oportunos en cada caso.

Aunque esta amistad llevara en ocasiones a prácticas homosexuales, no habría que imponer sin más su ruptura. En cualquier hipótesis sería muchas veces un mal menor que el peligro de la promiscuidad o que los desequilibrios de una vida solitaria en tales sujetos. Se buscaría evitar los mayores males, aunque no sea posible eliminarlos todos. Estamos hablando de personas que desean una superación progresiva y que no eligen esta posibilidad para aprovecharse tranquilamente de las facilidades que pudieran encontrar. Si el único camino que les queda para ir hacia adelante, sobre todo en casos extremos de soledad depresiva, tiene estos peligros, habría motivos suficientes para aceptarlos, dentro de los principios generales de la moral, sabiendo que avanzan y que sueñan con una etapa superior.

## **Dificultades de cara al matrimonio**

Entre los consejos posibles no se debe incluir nunca el matrimonio, como se hacía en otras épocas. La experiencia heterosexual no tiene ningún sentido terapéutico para los verdaderos homosexuales. No se requiere mucha perspicacia para comprender que el remedio resulta peor que la enfermedad y que los problemas serán todavía mayores con el agravante de afectar aquí a otra persona. Sólo en aquellos casos de bisexualidad o que hayan superado una homofilia periférica, el matrimonio podría servir también de ayuda para una completa normalización, pero es indispensable haber demostrado con anterioridad un cambio positivo y cierto, que permita ver con optimismo y sin complicaciones serias el ulterior desenvolvimiento de su vida matrimonial. Las dudas objetivas que pudieran existir deberían resolverse con el diagnóstico de una persona especializada.

Si el matrimonio, donde es posible el amor y la ternura, no es remedio eficaz para un mejoramiento, mucho más hay que excluir la simple relación sexual con personas del otro sexo. La experiencia demuestra los traumas mayores que produce con tanta frecuencia el encuentro con la prostitución. Los sujetos que pretenden salir de la duda o creen que desaparecerá su tendencia por tener relaciones semejantes, suelen salir en peores condiciones y con mayor perplejidad. El clima de tales ambientes y la situación psicológica con que se acercan son elementos propicios para crear un conflicto, incluso en aquellos individuos capaces de una vida heterosexual. La inhibición psíquica que provoca fácilmente su fracaso les refuerza el sentido de su anormalidad y aumenta la desconfianza en su mejoramiento y curación.

## **Conclusión**

Si la homosexualidad no tiene ningún derecho que pueda justificar una conducta considerada humana, científica y moralmente como inaceptable, tampoco es siempre una perversión y un pecado que caiga sobre el individuo. Solo su actitud ante un fenómeno muchas veces irremediable y la responsabilidad con que se enfrenta ante él, podrá descubrirnos el grado de malicia y pecaminosidad en cada caso concreto. Sin olvidar que aquí también la mirada de Dios suele ser muy distinta de los juicios humanos.

“Este asesino, este invertido, esa pobre, ese ciego, ese deshecho que vosotros, los hombres, ya no queréis, que ya no se quiere a sí mismo, dádmelo a mí, dice el Eterno. ¡Dádmelo! Y que él acepte solo, humildemente, conocer su miseria, soportarla y luchar contra ella. Yo daré firmeza a sus pasos y pondré un cántico nuevo en sus labios. Y ese polvo cantará mis alabanzas. Y esa vida, de vergüenza e ignominia a los ojos de todos, para mí se consumirá como un incienso” (16).

## Notas

- (\*) Resumen de un capítulo sobre este tema que se publicará próximamente en el libro *Sexualidad y matrimonio*, del mismo autor.
- (1) Recomendamos, entre la abundante bibliografía, el libro de M. ECK, *Sodoma. Ensayo sobre la homosexualidad*. Barcelona, 1969. Para el estudio de los aspectos más técnicos constituye un buen resumen de todas las explicaciones, E. GIUS, *Una messa a punto della omosessualità*. Torino, 1972.
- (2) M. DANIEL-A. BAUDRY, *Lez homosexuels*. París, 1973, p. 17. Otros creen, sin embargo, que se trata de una maniobra evidente, ya que el término homófilo asusta menos que el homosexual y puede seducir a algunos ingenuos persuadidos de que el peligro es menor, cuando parece estar excluido lo sexual. Así ECK, *o. c.*, p. 15.
- (3) Resumen breve en A. OVERING, *Aspects psyquiatriques*, en *Homosexualité*, París, 1969, pp. 31-35. Y G. S. SPRAGE, *Variabilidad de las manifestaciones homosexuales*, en *Los homosexuales vistos por sí mismos y por sus médicos*. Madrid, 1966, pp. 252-269.
- (4) M. HOFFMAN, *L'univers homosexuel*. París, 1971, p. 153.
- (5) *Ib.*, p. 162. En la misma línea M. DANIEL-A. BAUDRY, *o. c.*, p. 54: "Propo- niendo el principio de que la evolución normal lleva al niño del estadio ho- mosexual al estadio heterosexual, Freud ha admitido implícitamente que la homosexualidad, pasada la edad en que ella es lógica, se hace anormal. Ahora bien, esta noción de normalidad está fundada esencialmente, como hemos visto, sobre criterios extracientíficos. Porque pertenecía a una sociedad en que la relación heterosexual era la única admitida, Freud ha definido como anormal toda sexualidad no orientada en esta línea".
- (6) *Ib.*, p. 168.
- (7) Ver las últimas conclusiones de su libro, pp. 237-241.
- (8) M. ECK, *o. c.*, p. 218.
- (9) *Ib.*, p. 142. Ver también los estudios de especialistas tan autorizados como A. HESNARD, *La sexologie normale et pathologique*. París, 1959, p. 382 y ss. y G. SANTORI, *Compendio de sexología*. Madrid, 1969, pp. 453-474.
- (10) A. J. R. BRUSSAARD, *La Bible et l'homosexualité*, en *Dieu les aime tels qu'ils sont. Pastorale pour les homophiles*. París, 1972, pp. 43-58. T. C. KRUIJFF, *La sessualità nella Bibbia*. Bari, 1968.
- (11) M. VAN DER MEERSCH, *La máscara de carne*. Barcelona, 1961, p. 121.
- (12) Ch. CURRAN "¿Qué decir de los casos en que la ciencia médica moderna no puede apoyar a los homosexuales? En estos casos me parece que los actos homosexuales podrían no ser ni siquiera un mal. No digo que estos actos puedan alguna vez constituir una meta o un ideal que debería ser propuesto para imitación..." *Contemporary Problems in Moral Theology*. Notre-Dame, 1970, p. 177. Algo más ambiguo en sus afirmaciones es A. VALSECCHI, *Nuove vie dell'etica sessuale*. Brescia, 1973, p. 165. Este libro motivó una nota del epis- copado lombardo en la que se expresaban reparos contra su doctrina.
- (13) Tomado de J. Mc NEILL, *Pastoral Counseling of the Male Homosexual*. New York, 1970, p. 141.
- (14) G. SANTORI, *Compendio de sexología*, p. 472.
- (15) Es significativa la insistencia del Dr. HESNARD en la aptitud de los homosexua- les poco neuróticos a la sublimación. Ver *o. c.*, p. 388.
- (16) M. VAN DER MEERSCH, *La máscara de carne*, p. 122.